

ACTO I

LOS CIELOS DE PLOMO

«Hoy el amor es muerte, y el hombre acecha al hombre.»

Miguel Hernández

Pablo no sabía que matar a una persona era tan fácil. No hasta que lo hizo por primera vez. Entonces tenía dieciocho años y era el 14 de junio de 1938. El día que las tropas de Franco entraban casi sin resistencia en Castellón. Bien, pues Pablo era parte de ese «casi». Esta primera vez se produjo en la plaza de la Paz, justo a las puertas del teatro.

Era uno de esos momentos en los que le silbaban decenas de balas por la oreja y, claro, uno se gira para disparar a lo primero que se mueve. No supo muy bien a quién le dio, pero alcanzó en el pecho a un mozo que caía plegado detrás del viejo quiosco, en ese momento en ruinas. La orden era la de retirarse hasta las acequias. Allí estaba, envuelto en una compañía totalmente ajena, y es que Pablo no estaba acostumbrado a estas cosas, para nada. Tuvo la suerte de no empuñar un arma en toda la guerra, hasta que al fin la guerra le estalló en la cara. Y así, corriendo y cruzando por la plaza Fadrell, llovían disparos desde los balcones, lugar donde los quintacolumnistas no dejaban títere con cabeza. Luego explicaré quiénes eran esos de la quinta columna. El tema es que la última trinchera, antes de perderse

en el mar de naranjos, la compartía con cinco extraños a los que no conocía de nada.

—¡Bomba de mano!

Entonces tocaba arrastrar el cuerpo a toda velocidad hasta alejarse de la explosión. Tardaron horas en huir de la ciudad y perderse entre las acequias. Y es que en Castellón capital casi toda la población suspiraba un «por fin se acaba», cansada de tanto bombardeo diario. Una ciudad que más bien podría ser un gran hormiguero urbano, tan llenito de túneles subterráneos. Los infantes, con sus palos de madera aún en la boca, miraban estupefactos a los *moros* que entraban por la avenida del Mar. Los tanques, los descapotables acorazados y el resto de fauna militar eran como verdaderos seres de otro planeta. Y había alegría, claro que había alegría. La alegría que irradiaban esas máquinas grises que venían a traerles paz, pan y patria. Tanques con forma de punto y final. Así se contagiaba por el aire el «por fin se acaba».

No se acababa al sudeste de la ciudad.

—¡¡Bomba de mano, joder!!

El miedo es secundario cuando ves tu vida taconeando de trinchera en trinchera. A la derecha de Pablo, codo con codo, una niña de pelo sucio y castaño respondía con ferocidad y gritos ideológicos mientras sin mirarle le decía:

—Tienes cargadores en esta bolsa. Van cinco por caja. Se quita y se pone, ¿lo ves?

Pablo, muy manazas, aprendía lento. Después de cargar su arma, volvía a gestionar las cinco balas, no fuera que su destreza resultara insuficiente. Lo que sí que evitaba era cerrar los ojos como hacía su compañera Celeste, que mientras le daba instrucciones atacaba con vigor, asqueando

su rostro al acertar al enemigo. Pablo no, no le tenía miedo a la sangre. Por suerte, su inexperiencia militar la compensaba con una fuerte tolerancia a la muerte. Casi desde el principio de la guerra prestó servicio en el hospital Voramar de Benicasim. Allí se acostumbró a cuidar de señores franceses y americanos. Sí, estaba acostumbrado de sobra a los ríos de sangre, al timbre del dolor y a la sombra de la coreografía bélica. Esa de brazos y piernas amputados. Así era el baile que dejaba la guerra a su paso. Superados por el fuego enemigo, se retiraron volando hacia el sur, seguros entre naranjos y alquerías. Por fin, Celeste se giró para hablar con él:

—¿Quién está al mando? —preguntaba muy seria, colocando su larga trenza castaña dentro de la chaqueta.

—No lo sé. Yo he salido corriendo desde el tiroteo de la plaza de la Paz —interrumpía Gregorio, un hombre aleatorio que coincidía en su misma trinchera en esos momentos de caos. Tú eres de por aquí, ¿no?

—Sí, señor. Vivo a veinte minutos a pie. No hubo tiempo a designarme compañía, así que salí corriendo y disparando cuando empezaron a llegar. Ya sabe usted cómo va esto.

La guía de Pablo por las acequias sirvió para que cinco hombres y dos mujeres escaparan de las afueras de Castellón. Militares de un bando casi derrotado buscaban un regimiento o algún mando al que obedecer. Los caminos encrucijados de alquerías, huerta y caña salvaguardaban su anonimato. Y eso que, al principio de la marcha, rumbo al mar por la acequia Mayor, aún sonaba el ruido metálico de la impronta nacional. Poco a poco se fueron alejando. La

realidad es que Pablo, casi por naturaleza, los llevó hasta su casa. Su padre, Vicent, abría las puertas.

—Venga, venga, meteros dentro.

Vicent era un hombre de esos que tiene el alma de cartón mojado. Antaño con suficiente fuerza para sostener la carga, pero frágil ante una adversidad de estas dimensiones. Besaba el pelo de su hijo mientras lloraba a moco tendido. El resto de la compañía vigilaba ventanas y puertas mientras llenaban sus cestas de comida.

—Molta sort, fill meu, i ves-te'n de pressa que encara cridareu l'atenció.

—Gràcies per tot, pare.

—Emporteu-vos tot el que tinc, el que em va donar Federico el botiguer per passar la guerra, que ja saps que jo amb l'horta m'apanye —decía tan cínicamente que se le caía el corazón al hablar.

—Si li pregunten pel vostre fill, vostè no saps res — interrumpió Celeste en un sencillo valenciano, algo sureño pero familiar.

—Si jo no he parlat mai de política, bonica.

—Dona igual, vosté ni ha vist res ni sap res.

Cargados de provisiones, caminaron rumbo al sudoeste. El hilo musical volvía a petardear llenándose de metales y disparos. Allí estaban los aviones alemanes, vistiendo los cielos de plomo. Dejaban caer la carga en carreteras, deshaciendo las nubes a su paso, terribles. Algunos vecinos confundiéndolos con soldados nacionales alzaban la mano a grito de «¡Arriba España!».

—¡Arriba España!

—¡Arriba España!

En la capital se sucedían intermitentes los gritos. Las consignas nacionales saturaban el ambiente de una población cansada de bombas, del hambre y de vivir la muerte de forma cotidiana. La guerra se terminó para la ciudad de Castellón. Detrás de los nacionales, como pequeñas rémoras, un grupo de marroquíes desplegaban los manteles con un montón de productos de ultramar. Los jóvenes capitanes bailaban con las mozas de la ciudad en la céntrica Puerta del Sol, creando una danza espontánea de la victoria, ornamentada por disparos al aire y banderas bicolor que repartían a su paso. En las zonas más humildes la muchedumbre se agolpaba en los coches blindados. Ahí estaba el ejército sublevado repartiendo pan, publicidad y paz. La ansiada paz. La paz que una niña, insisto, aun mordiendo un palo por si cae otra bomba, empezó a imaginar. Y allí babeaba frente al chocolate del exótico mantel, como si fuera el tesoro máspreciado del mundo. El joven teniente fascista, don Faustino Cebrián, se acercó al comerciante y, preso del júbilo general, lanzó una perra gorda a las manos del vendedor.

—O-o-oiga, deme e-e-ese trozo de ahí.

El pequeño comerciante marroquí, después de ejecutar rápidamente el saludo fascista, con mucho respeto, devolvió la moneda de la misma forma y le ofreció a don Faustino la tableta entera de chocolate, que inmediatamente le regaló a la cría anónima.